

Pauline A. Chen

EL
ENSUEÑO
del
PABELLÓN
ROJO

Una fascinante saga familiar en la China del siglo XVIII,
basada en un clásico de la literatura oriental



MAEVA

Índice

Cubierta

Nota de la autora

Personajes principales

Árbol genealógico de la familia Jia

Primera parte

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

Segunda parte

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

Tercera parte

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12

Cuarta parte

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10

Quinta Parte

- 1
- 2
- 3
- 4

Sexta parte

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7

Séptima parte

- 1

Epílogo
Nota de la autora
Agradecimientos
Glosario
Créditos

«Y así, enfrentado a la muerte auténtica y a este nuevo cavi-
lar
sobre los hombres, dejé a un lado mis esbozos y mis vacila-
ciones
y me puse a escribir a toda prisa sobre Jack y su jardín.»

V. S. NAIPAUL, *El enigma de la llegada*

Dedicado a la memoria de

BIH-JAU CHEN 6 DE OCTUBRE DE 1939, TAIPEÍ, TAIWÁN
10 DE JUNIO DE 2008, PORT JEFFERSON, NUEVA YORK

Nota de la autora

*E*l ensueño del pabellón rojo se inspira en el libro de Cao Xueqin *Sueño en el pabellón rojo*, novela del siglo XVIII reconocida generalmente como la obra de ficción más importante en la tradición literaria china. Sin embargo, la obra maestra de Cao es prácticamente desconocida entre el público occidental, debido quizá a su abrumadora extensión (dos mil quinientas páginas) y al complejo elenco de personajes (más de cuatrocientos). Mi libro, *El ensueño del pabellón rojo*, no pretende permanecer fiel al argumento del original, sino que es una recreación de las vidas interiores y las motivaciones de los tres personajes femeninos principales. En un mundo en el que las mujeres carecían de poder y se veían enfrentadas unas contra otras debido al sistema del concubinato, estos personajes resultan fuertes e inolvidables y establecen unos vínculos entre ellos que trascienden la rivalidad sexual. Además, como a tantos lectores, me obsesionaba la sensación de que la obra estuviese inacabada: el final original de Cao se perdió y, tras la muerte del autor, se añadió un nuevo desenlace escrito por otra mano. Lo que sigue a continuación es mi intento de concluir la historia, al mismo tiempo que rindo un homenaje a esta apreciada obra de arte y la comparto con un público más amplio.

Personajes principales

FAMILIA LIN

DAIYU, hija de un funcionario de Suzhou. MIN, su madre.
RUHAI, su padre.

FAMILIA JIA

BAOYU, consentido heredero de la familia Jia, primo de Daiyu.

ZHENG, su padre.

LA DAMA JIA, su abuela (conocida también como la Anciana Dama).

ZHU, hermano mayor de Baoyu, ya fallecido.

LIAN, primo de Baoyu.

HUAN, medio hermano de Baoyu.

WANG XIFENG, esposa de Lian.

PING'ER, doncella de Wang Xifeng.

«LAS DOS PRIMAVERAS»: TANCHUN, medio hermana de Baoyu, y Xichun, prima de Baoyu.

YUCUN, funcionario prometedor y pariente lejano de la familia Jia.

FAMILIA XUE

SEÑORA XUE, cuñada viuda de Jia Zheng que vive con la familia Jia. BAOCHAI, su hija.

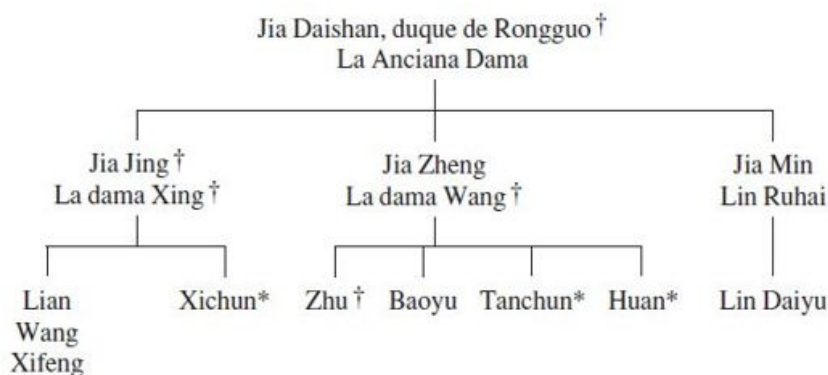
PAN, su disoluto hijo.

JINGUI, esposa de Pan.

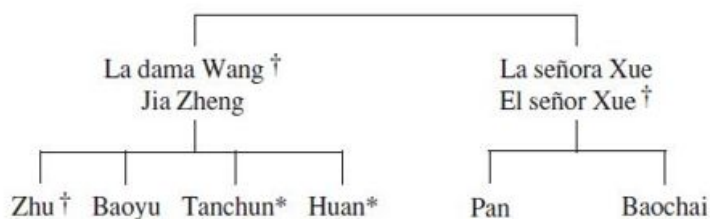
FAMILIA ZHEN

GANSO BLANCO, doncella de la dama Jia. SHIYIN, su hermano.

Árbol genealógico de la familia Jia



Árbol genealógico de la familia Wang



* Hijo de una concubina

† Fallecido antes de comenzar la novela

PRIMERA PARTE



Quinto mes, 1721

En el jardín de los Cinco Sentidos
deja que el placer no conozca límites.

Inscripción en una tablilla del jardín
del palacio Rongguo

1

Lin Daiyu machaca huesos de albaricoque y semillas de sésamo negro en un mortero de mármol. Rebaña la medicina, la vierte en un bol de sopa de nido de golondrina y la remueve con una cuchara de porcelana. Lleva el bol a la cama de su madre, junto a la ventana. Incorporada sobre las almohadas, la señora Lin sorbe su dosis con una ligera mueca de disgusto. Daiyu observa cada trago, como si con su vigilancia pudiera de algún modo conseguir que la medicina funcionase.

La señora Lin vuelve a recostarse, agotada por el simple acto de beber.

–Daiyu –dice; su voz es un hilillo atiplado.

–Dime.

–Quiero enseñarte algo.

–¿De qué se trata?

–Ve y mira en el fondo de mi viejo baúl.

Daiyu se arrodilla ante el armario y abre el destartalado baúl en el que la familia guarda la ropa de invierno. Rebusca bajo las pilas de gruesos pantalones con relleno y chaquetas acolchadas y encuentra un bulto plano envuelto en un paño brocado de color carmesí.

–Sí, eso es. Tráelo aquí.

Los delgados dedos de su madre forcejean con el nudo, y Daiyu se agacha para ayudarle. Dentro hay dos cajas planas. La señora Lin abre una que guarda un collar de oro rojizo con la forma de un dragón enroscado. La otra contiene una diadema adornada con fénix voladores dorados y una cadenita de perlas que sobresale de cada pico.

–Son parte de tu dote, ¿verdad?

La señora Lin parece no oír la pregunta.

–Ayúdame a levantarme –dice.

Daiyu se sube a la cama y recoloca las almohadas para

que su madre pueda incorporarse. La señora Lin se pone la diadema sobre su cabello sin peinar.

–Tráeme un espejo.

A regañadientes, Daiyu alcanza uno que hay sobre el tocador. Apoyándose en los cojines, su madre ladea el diminuto espejo de mano de bronce una y otra vez, captando breves reflejos de sí misma sobre la superficie bruñida.

–En aquel tiempo era una damisela muy fina; lo miraba todo por encima del hombro. Fíjate, nunca había tocado, ni mucho menos vestido, telas como estas, hechas por tejedores comunes. –Sus dedos palpan el desgastado material color miel de su túnica–. Todo lo que vestíamos lo cosían los tejedores imperiales de Palacio. ¡Ni siquiera nuestras criadas se ponían estas cosas!

La madre de Daiyu se ríe un poco, como asombrada de la imagen de su propia juventud.

–En aquella época me encantaban las cosas bonitas, y mis padres me malcriaban dándome todo lo que yo quería. A mi hermano mayor, Jing, no le importaba, pero mi segundo hermano, Zheng, siempre se ponía celoso.

Daiyu se sienta a los pies de su madre, contemplando los cambios de expresión en su rostro.

–Recuerdo un Año Nuevo, cuando nuestro abuelo, el primer duque de Rongguo, aún vivía. Nos pidió que escribiéramos, según la tradición, acertijos en verso en los faroles. Cuando leyó lo que habíamos escrito los tres, dijo que era una pena que yo no hubiera nacido varón, porque seguro que habría traído la gloria para los Jia si se me hubiera permitido participar en los exámenes para el funcionariado.

Daiyu asiente. La señora Lin adoraba la poesía y enseñó a su hija las reglas del metro y la rima en cuanto aprendió a leer.

–Así las cosas, mi hermano Zheng tuvo que presentarse a los exámenes no sé cuántas veces hasta que aprobó. Tu padre los pasó a la primera, por supuesto. Sin embargo, al final, a Zheng no le fue nada mal. –Daiyu advierte un tono sarcástico en la voz de su madre–. Subsecretario en el Mi-

nisterio de Obras Públicas. Zheng siempre fue muy laborioso.

–¿Y tu hermano mayor?

–Jing nunca aprobó. Lo único que hizo fue malgastar el dinero de nuestro padre en concubinas y apuestas. –La sonrisa nostálgica se borra del rostro de la señora Lin, y su gesto se torna sombrío. Devuelve el espejo a Daiyu y se quita la diadema de la cabeza–. Y ahora Zheng es el único de nosotros que sigue vivo, en el palacio Rongguo, con mi madre.

–¿Tengo primos allí? –pregunta Daiyu.

–Bueno, está el famoso Baoyu, por supuesto.

–¿Por qué es famoso?

–¿No te he hablado de él? –Las delicadas cejas de su madre se arquean en un gesto de sorpresa–. Es el hijo de mi hermano Zheng. Fue el que nació con el jade en la boca. Por eso tu abuela le puso de nombre Baoyu, que significa «jade precioso».

–¿Cómo puede nacer una persona con un jade en la boca?

–¿Quién sabe? –La señora Lin se encoge de hombros–. Solo sé que mi madre, tu abuela, cree que es un milagro, y lo mima hasta la exageración. La madre de Baoyu murió cuando él apenas tenía doce o trece años, y por lo que he oído se ha convertido en un niño raro y problemático. Se fuga de la escuela un día sí y otro también, y se pasa el día con sus primas rondando por los aposentos de las mujeres en lugar de estudiar.

–¿Cuántos años tiene? –pregunta Daiyu.

–Dieciocho, más que suficientes para presentarse a los exámenes. Tu otro primo, Lian, tiene más de veinticinco, pero hace años que perdieron la esperanza de que aprobara. Es el hijo de mi hermano mayor. De tal palo, tal astilla, supongo. No sé qué van a hacer los Jia para preservar su prestigio si no tienen más hijos que entren en el funcionariado. Si mi sobrino Baoyu no aprueba... –La señora Lin hace una pausa, tose y luego se recuesta en las almohadas

con los ojos cerrados, intentando recobrar el aliento—. Ayúdame a tumbarme.

Daiyu se encarama a la cama y coloca con cuidado a su madre en posición horizontal. Le seca los labios.

Después de que su respiración se haya ralentizado, la señora Lin dice, todavía con los ojos cerrados:

—Tendrás que irte a vivir con ellos..., ya sabes..., después de que me muera.

—No vas a morirte —se apresura a decir Daiyu, pero incluso ella misma nota la falta de convicción en su voz.

—Sí que voy a hacerlo. Y cuando eso suceda, tendrás que irte con los Jia.

—Me quedaré con padre.

—No. Quiero que vayas a la Capital.

—¿Por qué? —Daiyu comienza a llorar.

—Allí podrás encontrar un buen partido, alguien que pertenezca a una familia importante. Los Jia se encargarán de ello.

—¿Y eso qué importa? —Daiyu sigue sollozando—. Tu matrimonio no fue de esos.

Aunque el padre de Daiyu proviene de una familia antigua y culta, era el único descendiente de un padre sin hermanos, y ahora solo los miembros lejanos del clan, a los que ella jamás ha conocido, siguen con vida.

—¿Por qué no puedo quedarme aquí? —insiste Daiyu.

Su madre guarda silencio durante un rato largo y contempla el techo. Finalmente, dice:

—Cuando yo era joven, creía que nada importaba mientras estuviese junto a tu padre. Ahora, desde mi enfermedad, he comprendido lo duro que es no tener familia. —Sus ojos se dirigen hacia Daiyu, quien advierte que están llenos de lágrimas—. Me preocupa lo que te pueda suceder cuando yo no esté. No quiero que tengas que luchar como yo...

Sus palabras llenan a Daiyu de algo similar al pánico.

—Pero... has sido feliz con padre, ¿no?

La señora Lin no responde. Sus ojos pasan de Daiyu a la diadema que reposa sobre el tocador.

—No deberíamos haberte educado así.

–Así ¿cómo?

–Tan apartada de los demás. No has conocido a gente de tu edad o condición. –Vuelve a mirar a Daiyu, y sus ojos resultan casi desafiantes–. Bueno, tendrás que aprender a congeniar con otra gente en Rongguo. Deberás aprender a pensar antes de hablar. –Tiende la mano y Daiyu la toma; los dedos de su madre están muy fríos–. Aun así, no debes dejar que te intimiden. Eres lo bastante fuerte como para hacerles frente.

Daiyu quiere hacer más preguntas, pero su madre empieza a toser de nuevo. Esta vez lo hace con tanta fuerza y durante tanto tiempo que Daiyu corre a traer una escupidera. La señora Lin escupe una flema enrojecida con sangre. Cuando finalmente deja de toser, Daiyu no dice nada más; se limita a meterse a su lado en la cama. Advierte lo pequeña y frágil que se ha vuelto su madre en los últimos seis meses; sus miembros son como ramitas que salen de su cuerpo fuerte y cálido. Aun así, su mente se encoge solo de pensar en un futuro sin ella. Hunde su cara un poco más en la curva del cuello de su madre y aspira buscando el último aroma que queda de su piel, con el que aún no han podido la medicina ni la enfermedad.



Hacia el final de los cuarenta y nueve días de luto, un hombre extraño se presenta en el templo en el que Daiyu y su padre velan el ataúd de su madre. Como ellos, lleva una túnica de luto de cáñamo sin teñir. El padre de Daiyu mira al hombre sin reconocerlo. Luego se pone en pie de un salto, soltando una exclamación.

–¡Vaya sorpresa! Eres Zheng, ¿no es así?

–Ruhai, viejo amigo, ¡cuánto tiempo!

Daiyu se levanta del suelo, sorprendida ante la inesperada visita de su tío. Busca en su rostro preocupado y su figu-

ra achaparrada algo que le recuerde a su madre. El único parecido que puede encontrar son los ojos: una leve pesadez en los párpados que confiere a su tío el mismo aspecto soñador y ligeramente adormecido de su madre, y de la propia Daiyu.

El padre de Daiyu intenta inclinarse en un *koutou*, el saludo de respeto en el que se toca el suelo con la frente, pero su cuñado lo retiene agarrándolo por los codos.

–Partí en cuanto recibí su carta –dice Zheng–. ¿Cuándo murió?

–Hace más de un mes.

Los ojos de Zheng comienzan a humedecerse.

–Probablemente justo después de enviarme la carta. ¿Sufrió al final?

–No demasiado. Fue más rápido de lo que esperábamos.

Daiyu se gira para ocultar sus lágrimas. Su padre logra controlarse y estrecha la mano de su tío.

–Me alegro de que hayas venido. ¿Te quedarás el resto del duelo?

–Me temo que no puedo. Tengo unos asuntos que resolver en Nanjing. Mi barcaza me está esperando en el muelle.

–¿Vendrás a cenar al menos?

–Sí, por supuesto.

El resto del día, Zheng permanece en el templo con ellos, arrodillado ante la tablilla del espíritu. A lo largo de las últimas seis semanas, Daiyu y su padre han acudido al templo cada mañana, unidos por los rituales del duelo y los preparativos del funeral que marcan sus días. Ahora, la presencia del tío de Daiyu interrumpe esa compenetración silenciosa y hace que ella se sienta cohibida. Observa cómo su tío se limpia el torrente de lágrimas que cae de sus ojos; le resulta chocante que un extraño comparta su dolor.

Antes de la cena, su padre acompaña al tío Zheng a su barcaza. De regreso a la cocina, en su casa de la calle de la Calabaza, Daiyu se entretiene con sus tareas diarias. Prepara el fuego, lava el arroz y corta las verduras. El mango de madera del cuchillo, moldeado por años de uso, encaja sin